

II

Como pudo la arrastró hasta la orilla próxima, mientras Tintín daba brincos, al comprobar que aún respiraba y la vida se adhería a su cuerpo. Nadie permanecía cerca e igual Javier Alcántara daba voces, pidiendo auxilio. Aquel desamparo, no transigía. Se desgarraba el silencio, igual a tul apolillado y regresaba, convertido en eco. ¿Quién lo iba a escuchar si a veces transcurrían semanas, sin ver a nadie?

Aquella soledad, incluso marchita la vida. La mujer abría los ojos al oír la algazara a su alrededor y tosía, como si en sus pulmones tuviese toda el agua del río Imperial, incluidas las lluvias de antes y después.

“Por favor no te mueras; pronto alguien nos socorrerá” imploraba el hombre. Y ella, abría y cerraba los ojos, demostrando entender las súplicas de quien la auxiliaba.

Al final, debido a la ausencia de ayuda, Javier decidió conducirla a un lugar seguro, alejado de la ribera. A intervalos la arrastraba por los brazos, por los pies, desesperado por socorrerla, mientras sentía los jadeos de la mujer, como si pidiera que la dejaran morir. Urgido, le aplicó respiración boca a boca y observó que revivía.

Tintín ya no ladraba y se mantenía junto al amo. De trecho

en trecho levantaba el hocico puntiagudo, empeñado en oler la escena, que ignoraba si esa mañana se iba a entintar de desgracia.

Cuanto antes, Javier debía conducir a la mujer hasta la cabaña. La cargó en brazos y a cada trecho se detenía a descansar. Después de un retorno de riesgos, trastabillones, que por momentos parecía no conducir a ninguna parte, lograba arribar a la cabaña. Tendía a la moribunda en la cama, luego de quitarle el enlodado camión azul y la ropa interior.

Ahí descubrió mientras la masajeaba, empeñado en recuperarla, que tenía moretones y rasguños en las piernas y en la espalda. Después de haberla reanimado, le ponía pijama, camiseta de franela, calcetines y una chomba de lana. Por último, la cubría con mantas, alentaba el fuego en la estufa a leña, convencido que el calor la tenía que reavivar.

Ella lo miraba a intervalos, anhelante, en tanto gemía como si quisiera pronunciar palabras, las cuales se mantenían atascadas en su garganta. Ahora, ya no tosía; jadeaba, mientras abría y cerraba los ojos a intervalos, como si quisiera indagar, dónde permanecía.

Si al principio Javier Alcántara intuyó que la mujer no iba a responder a los primeros auxilios e iba a morir, descubría que de apoco empezaba a reaccionar. Le tomaba el pulso y los

latidos indicaban que se reanimaba. Se mantuvo junto a ella, sentado en una silla. Vigilaba el parpadeo de sus ojos, los gestos sutiles de su rostro y el ritmo de su respiración.

El jadear era acompasado, aunque a veces se interrumpía al toser. Al cabo de dos horas le preguntó si se sentía bien; si deseaba algo, cuando observó que se reponía, en tanto al porfiado silencio se aferraba y apenas si movía la cabeza.

Tintín custodiaba la escena, limitándose a ir de un lugar a otro de la cabaña. Después, como si quisiera proteger la intimidad del ambiente, se echaba a los pies del amo y se mantenía tranquilo. Afuera, el viento se entibiaba a prisa. Convertido en la mano intrusa de vagabundo, se metía por la techumbre de zinc de la cabaña, y hacía gemir las latas. Como el paso del tren rumbo a la lejana estación. Como quien jadea. O el sonido de la solitaria viola, mientras es afinada en la buhardilla. Acaso el estertor del moribundo. El llanto del recién nacido.

O el relámpago que de la nada surge e ilumina hasta las entrañas de la tierra. O el paso de una procesión, donde los penitentes oran en alta voz y hacen sonar matracas, empeñados en alejar a Satanás. O la emboscada tormenta de julio. En tanto, un chaparrón de agua caía sobre la vivienda. Advertencia de infortunio o señal de fatalidad. Javier dedujo

que, si la tormenta lo hubiese sorprendido durante el rescate, quizá no habría podido salvar a la extraña.

Algo ovillada, la mujer dormía aferrada al mutismo. Anónima a ese instante de preguntas, que se negaba a responder. Al sentir la lluvia, el ulular del viento, cambiaba de posición en la cama. Abría los extraviados ojos por segundos y se empeñaba en buscar imágenes de su reciente desgracia.

¿Aún se hallaba en la orilla del río Imperial? Sentía su gemir, la próxima muerte, el réquiem en la iglesia donde la iban a velar, mientras alguien gritaba a lo lejos, llamándola por su nombre. En seguida, sobrevenía la quietud, mientras la música del órgano se extinguía, el cántico del coro y cesaban las oraciones. Javier vigilaba el más sutil de sus movimientos, le tomaba el pulso a cada instante y se preguntaba quién podía ser. Nunca la había visto en la zona.

En silencio se alejaba la lluvia. Bien podía ser remanso para volver acompañada de tempestades, subidas a la grupa del viento. En el Walmapu vienen, se distancian, desaparecen y dejan tras de sí, la sensación de ser viajeras ocasionales. Se convierten en huéspedes de una semana y nadie les puede sugerir que se marchen.

Adagio

Desde hacía años, Javier moraba en una zona, donde la vivienda más próxima a la suya, quedaba a nueve kilómetros. Empeñado en privilegiar la soledad, después de separarse de Hortensia su mujer se alejaba de la familia. Un día sin avisar a nadie, marchó al sur del país, región de lluvias, lagos fecundos y ríos de apresurado curso. Juzgaba violenta la ciudad de Santiago, inhóspita, donde a sus años no creía pertenecer. Ahí había nacido y formado a su familia, donde el tráfigo nubla el día y las noches sudan violencia.

Cada mes, Javier Alcántara y su amigo Luis Onfrey, concurrían al pueblo de Carahue, que se halla cerca río arriba, a vender las artesanías que fabricaban, donde se abastecían de artículos de almacén. En oportunidades, permanecían ahí tres días, cogidos por el embeleco de las mujeres que trataban de seducirlos o terminaban jugando a las barajas en un boliche, donde los desplumaban.

Javier conocía a infinidad de personas del pueblo, y sospechaba que esa mujer no era de ahí. Lo intuía. Si llevaba un camisón azul a modo de pijama, bien podía haber caído al río mientras lavaba la ropa. ¿Se quería suicidar o alguien la arrojaba al cauce? ¿Cómo entender su presencia en el

meandro donde recalaba?

Se abría la mañana y la lluvia se instalaba en la zona, donde de seguro iba a permanecer durante una semana. Javier decidió preparar una sopa de fideos, donde agregaría algo de verdura. Encendió la cocina a leña y se aprestó a cocinar. En tanto, vigilaba el sueño de la mujer, que dormía desde hacía dos horas, tal si fuese alguien de la casa. Sobrevivía a la catástrofe.

Apenas si resollaba, como demostración de soledad. Cuando Javier regresó a la pieza, al concluir de cocinar, la encontró sentada en la cama, arrebujada en una manta, como si se protegiera de la lluvia o de ese sitio desconocido. O de quien quería dañarla. O de algo que no deseaba revelar. En su expresión se ocultaba la historia de un pasado reciente, la verdadera razón de por qué se ahogaba en el río. Por momentos se quejaba de las heridas y moretones ocasionados al caer.

— ¿Deseas ahora tomar una sopa? Te va a ayudar.

Ella movió la cabeza para aceptar. Se había recogido la abundante cabellera en un moño, anudado con cinta y mostraba el esplendor de su rostro. Reflejo del ánimo de vivir. En sus ojos anidaba la vivacidad de quien sabe cómo enfrentar el torbellino de aquella mañana, el cual se mantenía junto a

ella.

—Por ahora, quien seas es asunto tuyo. ¿De acuerdo? Has de saber que te salvé de morir ahogada en el río —y miró a Tintín, quien levantaba la cabeza, como si le hablasen a él.

La mujer a modo de expresar que lo sabía, volvió a mover la cabeza. La porfiada ausencia de palabras, intrigaba a Javier. ¿De dónde surgía? ¿Quién podía ser? Ahí, decidió traerle un tazón con sopas. Ella sin prisa, mientras miraba a su benefactor, tragaba en silencio y comía uno tras otro mendrugo de pan, demostrando conocer las normas de urbanidad.